

AURORA

En siniestra escarlata, relucía el poniente.
Perdida en los fulgores, destellaba la cruz
De un rojo campanario. Lloraba inmensamente
La brisa, entre los álamos. El sol incandescente
Arrojaba en los cielos huracanes de luz.

Pensé en los bruscos lobos, que al tierno peregrino
Acechan, cuando vaga solo, con su dolor
Y en las almas celestes y el ensueño divino
Que aprisionan las sordas murallas del destino.
Mis ojos se embriagaban en monstruoso esplendor.

Hermosa, murmurando canciones de sirena,
Me decía la muerte su inefable querer:
Tu carne transitoria será clara azucena,
Se tornarán esfinges la alegría y la pena,
En los místicos astros irradiará tu ser.

Recorría mis sienes un estremecimiento.
Frente a mí una magnolia sus flores de marfil
Odorífero abría. Letal recogimiento
Brotando de las cosas llenó mi pensamiento.
Mi corazón latía precipitado, hostil.

Acallé mis dolores: el amor no venido,
Los días tenebrosos, el amigo falaz,
Los adversos presagios del futuro escondido...
Cubrió el trágico mundo mi tempestuoso olvido
Con efluvios sedantes de ternura y de paz.

Y divisé risueños por mi angustia mis días.
Despertaban mis fuerzas como un joven león.

Sobre la inmensa hoguera solar, las Tres Marías
Brillaban, salamandras de inquietas pedrerías.
Tras los follajes negros, centelleaba Orión.

Sonaron las campanas del rojo campanario.
Arrastrado en sus sonos volé a la inmensidad.
Los sublimes espíritus del azur solitario
Me hablaban por la senda del sol, ya funerario.
La tierra ensombrecida volvióse Eternidad.